



Juan Valera

De la perversión moral de la España de nuestros días

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

De la perversión moral de la España de nuestros días

Con motivo del libro «Todo el mundo», de don Santiago De Liniers

- I -

Cuenta la Historia que, después de la comida, el Duque y Don Quijote se fueron a dormir la siesta, y Sancho acudió a dar conversación a la Duquesa, que estaba con sus dueñas y doncellas. La Duquesa obligó a Sancho a sentarse junto a sí en una silla baja, rogándole que se sentase como gobernador y hablase como escudero.

Sancho declaró allí que él tenía a su amo por loco, menguado y mentecato. Y la Duquesa le contestó, en mi sentir con mucha discreción:

-Pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, le conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atendido a las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo.

Aplicando esto al caso presente, digo yo, bastante atribulado: «Si en esta nación de dieciocho millones de habitantes hay seis u ocho mil tunos, entre militares y civiles, sin fe ni honra, sin idea noble, sin patriotismo y sin virtud de ninguna clase, los cuales, para medrar, y robar, y disfrutar, hacen mil infamias, y, sin embargo, gobiernan siempre por turno y saquean y destruyen la tierra, es consecuencia precisa, o bien que el resto de los españoles, hasta completar los dieciocho millones, es de idiotas, o bien que todos son tan pillos y tan viles como los seis u ocho mil que descuellan, brillan y mandan.»

Todavía, si gimiésemos bajo el yugo de una tiranía firme y estable, sostenida por alguna milicia extranjera, al servicio del tirano, podríamos explicar este fenómeno, asegurando que los españoles sufrían por fuerza tanta bellaquería y tanta maldad; pero ni aquí hay tirano, ni milicia extranjera, ni estabilidad en los que mandan, sino pronunciamientos y cambios harto frecuentes, en pos de los cuales, dado siempre el supuesto, no salen jamás a relucir los varones virtuosos y verdaderamente amantes de su patria, sino siempre los tunos y los pícaros, que para determinar algo no pasan de seis u ocho mil, como ya he dicho.

Esta consideración da más fuerza al argumento. Los personajes que figuran tienen que ser la flor y nata de España. ¿Cómo será lo demás si la flor y nata es como el señor De Liniers la describe? Todo hombre que conserve un resto de pudor debe echar a correr y huir de esta cloaca inmundada, y sacudir el polvo de sus zapatos al pasar la frontera; toda mujer honrada debe hacer lo propio, cuidando de no volver la vista, para no quedar convertida en estatua de sal.

Tal es la primera reflexión que se me ocurre después de haber leído el nuevo libro del señor De Liniers. Apelo a cuantos lo lean con imparcialidad para que declaren si la más capital afirmación que de todo él se deduce es otra que la expuesta, a saber: que los hombres políticos de todos los partidos que alternan en el Poder desde hace cuarenta años son la más indigna y despreciable turba de galopines. Ahora bien: o el señor De Liniers está lleno de negra misantropía, y calumnia sin querer a los seis u ocho mil ciudadanos más notables y egregios del país, o es menester afirmar que todos los que no son esos seis u ocho mil ciudadanos que despuntan son cobardes y tontos o son más corrompidos y más abyectos que los mandones, o tienen a la vez todas sus malas cualidades, y sobre ellas la incapacidad más monstruosa.

El libro del señor De Liniers está escrito de manera que no es una sátira contra este o aquel pícaro que medra con la política; contra este o aquel aventurero audaz y sin vergüenza que tal vez se alista en un partido o en varios y logra elevarse y hacer fortuna. Por el contrario, las afirmaciones y diatribas del señor De Liniers tienen tal carácter de generalidad, que condenan a cuantos aquí se elevan o se distinguen. El señor De Liniers, siempre en sentido irónico, ha escrito un arte de elevarse en España por medio de la política, del cual se infiere que esta elevación ha de ser a costa de una larga serie de vilezas apenas concebibles. El que pone la mira en la cumbre y aspira a trepar a ella, empieza desde su primera juventud a cometer atrocidades. Se nota, además, en los personajes que el señor De Liniers nos describe, un encarnizamiento, un ahínco, un desvelo criminal para elevarse por la política, como si se tratase de conquistar todos los deleites y todos los bienes; de nadar en la opulencia; de ser un Crespo o, cuando menos, un Rothschild.

Distan tanto de la verdad estas pinturas, que yo, por mi parte, declaro que, dando por lo pronto por evidente que algunos de los personajes políticos de primera magnitud que he conocido hicieron picardía sobre picardía para llegar a la altura, es menester confesar que todos ellos fueron ilusos, disparatados e ignorantes de las cosas del mundo, por lo cual se llevaron el chasco más solemne. Creyeron, sin duda, que iban a ser unos Sardanápalos, y vivieron y murieron como unos pobres studentones. ¿Por qué no citar ejemplos? Pastor Díaz vivió siempre con la mayor modestia, casi en la pobreza. Fui muy su amigo, y jamás se atrevió a convidarme a comer, por temor de matarme de hambre. Vivió en compañía de su excelente y cariñosa madre, de la que no se avergonzaba, como supone [1315] el señor De Liniers que ha de avergonzarse el personaje político, y cuándo Pastor Díaz murió, no dejó un real, y fue menester vender sus libros para pagar el pobre entierro, Ríos Rosas, de quien también me honraba yo con la amistad, jamás estuvo en la abundancia. En 1867 le visitaba yo en París, cuando él estaba allí emigrado; y como en su cuartito apenas cabían la cama, tres sillas, la mesita de escribir y el lavabo, nos íbamos a la calle para poder hablar con anchura. En España vivía Ríos Rosas como un ermitaño, en la última casa del barrio de Salamanca. Es verdad que siempre tenía el coche del tranvía a la puerta. Con todos estos despilfarros no extraño que al morir no dejase sino siete duros en su cómoda.

Sería interminable la lista de los personajes políticos que he conocido que vivieron y murieron sin dejar de estar a la cuarta pregunta, como suele decirse. Y el que llega a ministro tiene al cabo sus treinta mil realitos de cesantía; pero el que no llega, tiene el día y la noche.

Este país es pobrísimo; la gente de levita y de cierta educación no tiene en qué emplearse; de cada diez o doce señores de levita, sobramos, sin duda, nueve u once; nuestra tierra es estéril, y no puede sustentar tanto caballero. Todo esto es verdad; pero ¿qué culpa adquiere porque seamos tan pobres el que ha nacido en el seno de nuestra menesterosa

clase media, y en lugar de ponerlo a oficio y de criarlo robusto para que vaya a cavar con un azadón al hombre ha recibido de sus padres el don funesto de una educación literaria más o menos esmerada? ¿Qué quiere el señor De Liniers que haga este infeliz? Si se consagra a la política, ¿no es natural que aspire a ocupar un día los primeros puestos? ¿Por qué formar a nadie por tan natural y legítima ambición un capítulo de culpas? Por lo demás, ese furor por llegar, ese incesante trabajo de intriga para elevarse, apenas existe sino en la fantasía atrabiliaria del señor De Liniers.

Tal vez sería mejor que hubiese en España una clase gobernante rica, aristocrática y menos necesitada. Pero ¿son los seis u ocho mil tunos, descamisados y plebeyos, y subidos luego a mayores, los que se oponen a que exista esa clase? Si esa clase existe y carece de espíritu de clase, ¿es culpa de los pícaros? ¿Cuántas veces no han tratado los pícaros de infundir a esa clase el espíritu colectivo que ha menester y no lo han conseguido? ¿Dónde, además, sin envidia y sin bajeza, se ha hecho jamás más lado y se ha recibido mejor en cualquier partido a toda persona distinguida por su nacimiento o por su posición? No negamos el mérito de ciertos duques, marqueses y condes de antiguo cuño, cuyos nombres es inútil citar aquí; pero tampoco se puede negar que todo otro sujeto con igual mérito hubiera necesitado diez veces más esfuerzo para elevarse a donde ellos, en fama, en dominio o en influjo, se han elevado.

Conviene, además, advertir que en la vida política, aun para los que se encumbran, no son todos triunfos y goces. Debe de ser rarísimo el hombre político que en veinte años de vida está más de cinco con empleo y menos de quince cesante. Si ponemos el término medio, y es mucho poner, de los sueldos que ha disfrutado en cuarenta y ocho mil reales, tendremos que toda su actividad política le ha valido doce mil reales anuales. Confiese, pues, el señor De Liniers que parece inverosímil que, impulsado nadie por tan mezquino incentivo, haga tanta infamia como él supone que es costumbre hacer. Y no hay de nuestra parte exageración en esto. De no ser bandidos o ladrones, no es probable que nuestros hombres políticos más afortunados (prescindiendo de la cesantía de ministros, si llegan a serlo) saquen más de la política que los mencionados doce mil reales un año con otro.

Hay que tener en cuenta, además, que los provechos ilícitos se ponderan mucho o se fingen a menudo por la mordacidad o por la envidia. Sobre esto nada hay más gracioso que aquello que se refiere de un sujeto elocuente, gracioso, de buen humor, discreto y ameno, pero que siempre había vivido en los mayores apuros pecuniarios.

Era una vez ministro, y las gentes aseguraban que aquel Ministerio estaba vendido al oro inglés. Nuestro ministro, bajo el peso de la tremenda acusación, y quizá apremiado por las necesidades de su familia y por los acreedores que durante largos períodos de cesantía habría tenido que proporcionarse, dicen que exclamaba, paseándose a largos pasos por su despacho y *tenders ad sidera palmas*: «¿Dónde estás, oro inglés, que no te veo?» Con la cual broma contestaba a la ridícula calumnia y se desahogaba al mismo tiempo cómicamente de la molestia que le causaban sus apuros.

No se sigue de todo lo dicho que en España no haya corrupción. No afirmo yo que seamos todos mártires o santos. Así como podría extender larga lista de los probos, así también podría formar otra de los que han hecho su negocio sin escrúpulo. Pero esta segunda lista no excedería en proporción a la que se pudo formar en España en otra época cualquiera, o la que puede formarse fuera de España en cualquier nación de Europa, en la época presente. De ello se infiere que la corrupción es propio defecto de la pecadora y decaída naturaleza humana, común a todos los siglos y países, desde que Adán y Eva pecaron, es lo que llamaría Hegel las impurezas de lo real. Siendo asimismo muy de tener

en cuenta que aquellos a quienes más señala hoy la opinión pública como poco escrupulosos en punto a incautaciones o dislocaciones de metálico o de cosa que lo valga, o de signos que lo representen, son, por lo general, no los adalides y más ilustres personajes sino las partes de por medio.

Estas reflexiones o, mejor dicho, refutaciones, han acudido en tropel a mi mente, y con el mismo desorden con que han acudido van aquí estampadas; pero así para dar idea del libro del señor De Liniers como para impugnar sus asertos, conviene proceder con método y reposo, y voy a ver si lo consigo.

Tal vez pecaré de cansado, pero el asunto lo merece. El libro del señor De Liniers está escrito con notable ingenio y chiste, y suscita dudas de suma gravedad que importa poner en claro. Para ello antes de empezar con las dudas, es menester dejar sentado aquello en que todos convienen.

Todos convienen en que España, social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto a estar mal, somos potencia de primer orden.

Sobre las causas de este malestar se disputa mucho. Dicen unos que proviene todo de lo poco que llueve, y otros, de los resabios que dos o tres siglos de fanatismo y de absolutismo nos han dejado en la sangre; y otros, de que nuestro gran ser, nuestra propia excelencia, nuestra hidalguía heroica, se opone a que medremos en esta edad en que el medio principal de elevarse es el industrialismo. Nuestra condición algo especulativa, mística y extática, nos incapacita (¡oh sublime incapacidad!) para las torpes artes del deleite. Así es que apenas hay español que guise bien; ni que encienda una lámpara sin que dé tufo, se apague o salte el tubo; ni que agarre en la mano una alhaja delicada sin hacerla pedazos; ni que fabrique o confeccione alguna de esas fruslerías que tanto valen a los franceses, alemanes o suizos. Ello es que, desde la suela de los zapatos hasta el sombrero, todo cuanto llevamos encima está hecho fuera de España. Nuestros muebles, nuestras camas, las sábanas con que nos cubrimos de noche, la pluma con que escribimos, el cuchillo con que partimos nuestra comida, la vasija en que nos lavamos, casi todo es francés, alemán o inglés, adquirido con el producto de nuestra tierra, por más que llueva poco.

Contra esto habría un remedio, si fuera posible: vivir *ut prisca gens mortalium*; convertirnos en Cincinatos o cosa por el estilo; pero no lo consiente la misma naturaleza de las cosas y las circunstancias de la edad que vivimos. La cultura material, merced a la facilidad de comunicaciones, lo invade y quizá lo corrompe todo. Hace veinte años, para un joven estudioso que llegaba a Madrid del fondo de su provincia, cada paso que daba era una revelación corruptora. ¿Qué efecto no produciría en su ánimo, por mediano paladar que tuviese, un simple Chateaubriand con trufas que comiera en casa de Lhardy, cuando hasta entonces no había gustado sino de vaca estofada y ropa vieja? Los nombres exóticos de los guisos transpirenaicos se agolparían en montón a su memoria para hacerle desdeñar la alboronía, el puchero, el salmorejo y la pepitoria, que habían sido siempre su mayor regalo. Hoy ya no es menester que el joven venga a Madrid. Algo, aunque poco, de la cultura culinaria, se infiltra y penetra hasta en los lugares. Esta lenta divulgación de las artes del deleite es un mal espantoso. Pero ¿cómo evitarlo?

Nunca me olvidaré de que cuando el ferrocarril de Andalucía no llegaba más que a Despeñaperros, había allí un fondín, donde los pasajeros descansaban y comían antes de tomar coches, caballos, mulos o diligencias. Era dueño del fondín un digno sucesor y cofrade de Juan Palomeque, el *Zurdo*, tan celebrado por Cervantes. El fondista, no ya ventero, andaluz muy jaque, muy hablador y muy comunicativo, venía a hablar con los

viajeros, solía sentarse a su lado sin ceremonia, en mangas de camisa y con el velludo pecho descubierto, y encomiaba siempre en términos hiperbólicos el buen trato que se daba en su casa. Pero cuando él se llenaba de entusiasmo; cuando apuraba toda su elocuencia; cuando se conocía la sinceridad fervorosa de su admiración, sin trastienda, sin recámara, sin propósito de dar valor a su establecimiento, sino por sentirlo así, era cuando hablaba de un plato que en ciertas ocasiones solía servir a sus huéspedes, hecho con pechuga de gallina, jamón, leche, harina de flor y nuez moscada. Nunca terminaba el encomio sin añadir, para ilustración de su atento auditorio, que el plato se llamaba *croquetas*.

Imagine, pues, el lector, si en una época en que hasta en una venta de Despeñaperros se hacen ya *croquetas*, es posible volver a aquellos tiempos en que

*no había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera,*

y en que

*...con rojos pimientos y ajos duros,
tan bien comió el señor como el esclavo.*

La difusión del lujo data en España de hace treinta o cuarenta años. Yo recuerdo aún cuando en casa de los principales ricachos andaluces de los lugares comían todos en el plato de en medio, y cuando apenas había un vidrio en las ventanas; pero ¡qué mucho, si en Madrid los vidrios eran verdes y llenos de burbujas, y no mayores que una cuartilla de papel! Hace cuarenta años casi nadie tenía chimenea en Madrid, sino brasero; cada portal era un muladar; y en las casas, fuera de los palacios de los grandes, apenas había más que sillas de Vitoria y estereras de esparto. Si la décima parte de los habitantes de Madrid hubiera tenido entonces el capricho de lavarse, hubiera faltado el agua para beber y para cocer los garbanzos.

Entonces era un prodigio, una rareza, haber ido a Francia o a Italia. Hoy, gracias al perverso ferrocarril, cualquier perdido va a París, y hasta lleva a su mujer en su compañía. ¡Infeliz del que tiene a su mujer en París tres o cuatro meses y ella le toma el gusto a aquello! Ya todo le parecerá *cursi* como no venga de París; todo *cursi*, incluso su cara y legítima mitad. ¿Cómo retrotraer, pues, a esta señora a la sencillez montaraz del Siglo de Oro, para poder exclamar en su alabanza con el profano:

*Sed potanta ferens infantibus ubera magnis
et soepe horridior glandem ructante marito?*

Si del influjo de la cultura material pasásemos al de la intelectual, fuerza nos sería convenir en que no es menos perturbador y, por lo pronto, funesto. Sin meternos en honduras; sin dilucidar aquí si la moderna civilización es tuerta o derecha, va por buen camino o se ha extraviado; sin resolver nosotros si el mundo se ha dado a todos los diablos o sigue su marcha gloriosa y progresiva en ascensión constante hacia el bien, es lo cierto que cuando un pueblo, casta o tribu se ha parado en el desarrollo de su civilización indígena y castiza, se ha quedado atrasado, como, vulgarmente se dice, y luego se pone en íntimo y frecuente contacto con naciones o castas de gente más adelantada, este contacto es

peligrosísimo, a menudo deletéreo y a veces hasta mortal. Si el desnivel de las civilizaciones que se tocan es muy grande, o si la raza más atrasada no tiene bastante brío para encaramarse de un salto al nivel de la raza más adelantada, o el Estado perece, como quizá perecerá Turquía dentro de poco, o la raza se extingue como acontece con los habitantes de Polinesia, a quienes la tristeza y el fastidio, sin necesidad de malos tratos van consumiendo y matando hasta que no quede uno.

No temo yo que España, aunque el desnivel no es pequeño, perezca como Estado, a semejanza de Turquía, o se quede sin hijos, como no pocas islas del mar del Sur; pero la crisis por que pasamos es terrible de veras, y aún serían menester muchos disgustos, muchas perturbaciones y muchas fatigas para que salgamos de ellas triunfantes.

Vistas así las cosas, no cabe duda en que el malestar de España es grande y cierto; pero debe atribuirse a la Naturaleza misma, a leyes fatales o providenciales de la Historia y a *todo el mundo*, y no a un grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios, que a sí propio se llama todo el mundo, según el señor De Liniers.

Examinemos ahora su libro con alguna detención.

- II -

Al exponer las principales ideas del libro del señor De Liniers, y al tratar de refutarlas, me propongo hacer de un modo implícito una tímida apología del *grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios*; esto es de los personajes políticos más notables. Y haría yo su apología, aunque los tales personajes políticos me fuesen menos simpáticos que al señor De Liniers, porque si diese crédito a las acusaciones, toda la nación quedaría muy malparada; y esto me aflige mucho, y ni lo quiero ni lo puedo creer. Ciertamente es que hay graves males que saltan a los ojos; pero cuando la culpa no es del conjunto y ser de las cosas mismas, y superior, por tanto al influjo de la voluntad humana, la culpa está muy repartida y no cae sólo sobre el *grupo exiguo*, según el señor De Liniers pretende.

Daré varias razones de por qué la culpa no es sólo del *grupo exiguo*:

Primera. Porque si el *grupo exiguo* peca empleándose en la política para medrar, no es menos pecado el de los varones probos, el del resto de los dieciocho millones de españoles, en no pensar en la política, y en ejar, por desidia, por cobardía o por complicidad, que el *grupo exiguo*, mande siempre. Contra esto puede objetarse que hay un partido que no ha podido mandar nunca, y que en él está lo bueno, lo santo y lo virtuoso. Pero se replica con dos argumentos: es uno que dicho partido será menor en número o más tonto, cuando no llega nunca a mandar, y es otro que todos los tránsfugas del *grupo exiguo*, idos de él por despecho de no figurar o de no medrar bastante, han sido recibidos con los brazos abiertos y colocados en eminente lugar por el partido de los santos y de los buenos.

Segunda. Porque el *grupo exiguo* no se procrea a sí mismo, sino que permanece y dura reclutando a los más listos o dichosos de entre los aspirantes. Esto supone una turba de aspirantes lo menos de cien mil. Los que no entran en el *grupo exiguo* no es por falta de ganas sino por falta de habilidad. Luego ya tenemos aquí una ralea evidentemente más vil que el *grupo exiguo*. La vileza de esta ralea será tanto mayor cuanto mayor capítulo de culpas contra el *grupo exiguo* se formule; y

Tercera. Porque si los del *grupo exiguo* y los aspirantes a formar parte de él se consagran a la política, es porque no tienen otro recurso, lo cual no es culpa de nadie o es culpa de todos. Ya lo hemos dicho: sobramos las nueve décimas partes de los señores de

levita que hay en España. Pero ¿de qué suerte disminuir esta clase media? Tal vez convendría que los exámenes fuesen muy rigurosos en los institutos y universidades, a fin de que los chicos de cortos alcances o poco estudiosos se desesperasen y se dedicasen a alguna faena mecánica; pero si consideramos que en España presumimos casi todos de hidalgos, se verá, que esto es imposible. Lo más que se lograría es que no hubiese tanto título profesional; pero sin dicho título la gente de levita seguiría de levita, y, desprovista de título profesional, se dedicaría con más furor a la política. Correríamos, además, un grave peligro. Los que estudian o hacen como que estudian en las universidades, cobran, por lo menos, cierta afición a la literatura, y ya que no sepan de leyes, suelen darse a las musas y entretienen el hambre escribiendo versos, o se enamoran de las bellezas del estilo y hacen o procuran hacer discursos elocuentes y floridos, y artículos o libros, como el señor De Liniers, o como yo; pero la gente que no es de carrera, ni presume de literata, suele meterse en las profundidades de la Hacienda, como trasquilado por iglesia. Resultaría, pues, de la severidad en las universidades una enorme plaga de hacendistas, que sería, a mi ver, la calamidad más horrible. Nótese bien que los políticos romancistas son ya, aun con tener la manga tan ancha, los examinadores de las universidades, los que se consagran con más ahínco a la Hacienda.

Otros mil arbitrios se imaginan para aligerar de gente esta clase media o *enlevitada*. Todos me parecen infructuosos. El restablecimiento de las comunidades religiosas, por ejemplo, no tendría mucho éxito en este punto, por lo autonómicos e individualistas que nos vamos volviendo, y, sobre todo, porque el conocimiento, el sentimiento o el presentimiento de que hay *foie-gras* induce a despreciar la chanfaina, por abundante y bien condimentada que la finja o la fantasee la imaginación más viva.

En suma: una ley fatal, ineludible, arrastra a la política a esta superabundante clase media letrada o *enlevitada*. No ya sólo el abogado sin pleitos, sino el que quiere tenerlos y es capaz de tenerlos, se lanza a la política para adquirir notoriedad y fama y clientela. No digo nada de los literatos. Si el literato no es político, tendrá que ser un portento para llamar la atención. Y aunque la llame, ¿ganará escribiendo para vivir, salvo si es autor dramático, como no defienda con su pluma los intereses de un partido político? Si mañana o el otro van a empadronar al señor De Liniers, ¿dirá que es literato? Lo declaro con entera sinceridad: el señor De Liniers pudiera decirlo, porque escribe linda, primorosa y discretamente; pero no lo dirá, porque la Policía tendría derecho a sospechar, si lo dijese, que se valía de malas artes para sostener a su familia. El señor De Liniers dirá, probablemente, que es propietario. Luego casi todos los que no lo son tendrán que ser periodistas, empleados o, por lo menos, cesantes; esto es, políticos siempre. Yo, por mi parte, confieso con humildad que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribiendo de política en la Redacción de un periódico.

Y no se me diga que es sólo por nuestra incapacidad o flojera. Depende mucho del mezquino valor o precio en el mercado de aquello que producimos, comparado con lo que en otros países producen. Aunque sea negocio particular mío, voy a poner como ejemplo el que yo quiera obsequiar a mi mujer con un vestido bueno de Worth, para baile. No es menester que el vestido tenga encajes riquísimos, ni salga de los límites de lo bueno, para que cueste ocho mil reales. Ahora bien: yo he tenido la dicha de escribir una novela titulada *Pepita Jiménez*, que ha sido celebrada, que ha tenido gran éxito. ¿Podré comprar el vestido de Worth con el producto total de *Pepita Jiménez*? En manera alguna. *Pepita Jiménez* no ha llegado a valerme ocho mil reales. Si algún consuelo fuese la común miseria, me lo daría el

considerar que en el mismo desnivel se halla entre nosotros el propio terrateniente. Pongamos uno que va a comprar el vestido de Worth con el producto de sus viñedos. A no ser en Jerez, en ninguna otra parte de España podemos lisonjearnos de vender el vino, uno con otro, más caro que a diez reales la arroba. Se necesitan, pues, ochocientas arrobas de vino. Cada fanega de tierra de viña regular podrá producir, por término medio, cien arrobas al año. Luego son indispensables ocho fanegas. Pero como labrar estas ocho fanegas (cava, bina, rebina, azufrado, viñador, vendimia, mugrones, poda, etc., y contribuciones) quizá costará seis mil reales, resulta que el producto líquido de las ocho fanegas no es más que de dos mil, y que es indispensable ser propietario de treinta y dos fanegas de buena viña, y emplear todo el producto en el vestido, si uno se quiere dar ese gusto y mostrarse galante. Si en vez de viñas posee el que va a comprar el vestido una de esas tierras que lo que producen es esparto, necesitará tal vez consumir la producción de una legua cuadrada de terreno por cada metro cuadrado o no cuadrado de la tela que envuelva el cuerpo de su mujer y que le arrastre formando cola. Por último, si el marido elegante y generoso es rentista, como no le pagan el cupón, tendrá que vender treses para comprar el vestido; y suponiendo que el día de la venta la cotización es favorable y que el Interior está a trece, tendrá, para adquirir el vestido, que desprenderse de un capital de sesenta y un mil quinientos treinta y ocho reales de vellón, más dos o tres perros chicos.

Queda, pues, demostrado, si no me engaña el amor propio, que somos unos miserables. El politiquero del *grupo exiguo* y de los que aspiran a entrar en él es ley ineludible por ahora. Estas circunstancias excitan mucho a la perversión. Veamos, sin embargo, cómo, a pesar de tan malas circunstancias, la perversión no es grande.

Como prueba de la perversión, empieza el señor De Liniers por sostener que en otras edades, en que la palabra *patriotismo* aún no se había inventado, este sentimiento, creador de generosas y grandes acciones, vivía en muchas almas, mientras que en esta edad, en que la palabra *patriotismo* ha salido a relucir y se ha puesto en moda, no hay ya verdaderos patriotas.

La escuela políticoclerical española es muy aficionada a estos argumentos, que pudiéramos llamar filológicos. Para demostrar, pongo por caso, cuán propio de nuestro ser es el catolicismo, he ido yo decir con formalidad a alguien de la mencionada escuela que, cuando se le pregunta a un español cómo está de salud, y él no está muy bien, responde siempre *No estoy muy católico*; prueba de que el catolicismo es nuestra esencia, nuestra naturaleza, todo en nosotros. Por desgracia, a esto se puede contestar que cuando dos hidalgos, embozaditos en sus capas, salen, por ejemplo, a *tomar el sol y hacer tiempo* se encuentran, al volver de una esquina, en un lugar de Andalucía, y los dos se sienten regular de salud (en su estado normal, como si dijéramos), casi siempre se saludan y empiezan la conversación de esta manera:

-¿Cómo va, compadre?

-Trampeando, compadre. ¿Y usted?

-También trampeando.

La palabra *trampeando* para designar el estado normal no es menos usada que la de *no estar muy católico* para designar el andar algo malucho; conque sáquese la consecuencia.

El más razonable de estos discreteos epigramaticopiadosos, fundados en la filología, es, sin duda, el que distingue la filantropía de la caridad, y se burla de la primera para realzar la segunda. En efecto: la caridad y la filantropía son dos virtudes hartamente diferentes. La caridad es el amor de Dios, y por el amor de Dios, el de los hombres; la filantropía, por el contrario, es el amor de la Humanidad, no ya por amor de Dios, sino a pesar de los dioses mismos, si

es necesario. En la filantropía hay mucho de impiedad, de rebelión, de soberbia titánica contra los eternos decretos. Por esto la Fuerza, cuando en la tragedia de Esquilo manda a Vulcano que ate a Prometeo a la roca firmísima con cadenas de diamantes, dice que aquel castigo es para que el titán *aprenda a magnificar la tiranía de Júpiter y se deje de ser filántropo*.

El patriotismo es palabra nueva; no es palabra antiquísima, como lo es *filantropía*; y el patriotismo, además, no está en oposición con ninguna virtud teologal ni con ningún sentimiento religioso. Siempre ha habido patriotismo y se ha llamado amor de patria o algo semejante. La novedad del vocablo *patriotismo* implica, no obstante, que ya que la idea que representa, no sea nueva, es más frecuente ahora que en otras edades. Si no hubiese ahora más patriotismo, no se hubiera formado nuevo vocablo para significar el mencionado sentimiento. Yo infiero, al revés del señor De Liniers, que la novedad del vocablo implica, no la ausencia del sentimiento, sino su mayor consistencia y ser en nuestro siglo.

Otros sentimientos generosos podrían ser, en siglos pasados, causas de grandes proezas, extraordinarias bizarrías y costosos sacrificios; pero si al héroe o al mártir no se le llamaba patriota, era, sencillamente, porque no era patriota. Véanse, si no, los ejemplos de patriotismo antiguo que aduce el señor De Liniers. Apenas hay uno solo de estos ejemplos donde no se pueda disputar y aun negar que el patriotismo haya entrado por algo. Carlos V haría a España poderosa y temida por amor a la gloria, por amor a su dinastía, por ambición, y hasta, si se quiere, por cierto afecto que pudiera tener a los españoles, cuyo rey era; pero no por amor a su patria, que no era España. Felipe V sería todo lo bueno que se quiera suponer y haría mil primores; pero era francés, y por patriotismo nada pudo hacer en favor de España. «Nadie se ha atrevido todavía a llamar gran patriota a Pelayo», dice el señor De Liniers, y tiene razón. Pelayo no podía ser patriota. Lo primero que se necesita para ser patriota es tener patria, y Pelayo no la tenía. Puede suponerse que la fundó, como Rómulo a Roma, Dido a Cartago o el conde don Enrique a Portugal. Pero éstos no se llaman patriotas, como no se llama amante de una mujer al que es su padre. Trasládese el señor De Liniers a la época de don Pelayo, y piense en el patriotismo posible entonces. ¿Qué patria amaba don Pelayo? ¿Era España antes que él más que una expresión geográfica? ¿Qué patria quería restaurar? ¿La España sometida al Imperio romano, la España dividida en colonias griegas, cartaginesas y fenicias, y repúblicas de gente indígena, enemigas entre sí, la España dominada por diversas razas del Norte que humillaban a los hispanolatinos y con el litoral de Oriente sujeto al Imperio de Bizancio, o la España de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, tan poco convencida de su nacionalidad autonómica que bastaron seis o siete mil árabes para que acabasen con ella antes de que llegase el famoso y proverbial moro Muza? Don Pelayo, si, como el nombre lo indica, era más latino que godo, se movería a sus hazañas por amor a los de su casta y religión, lo cual, si es patriotismo, es patriotismo hartamente confuso y vago; si era de la nobleza visigoda, el sentimiento de su dignidad, la ambición y el amor de la gloria pudieron entrar por mucho en su propósito; pero llamar patriotismo al sentimiento que le impulsó es algo impropio aun dentro del sentido de la estricta realidad histórica. Esto no obsta para que nosotros, vistas las cosas de cierto modo poético y legendario, prestemos a don Pelayo las ideas y sentimientos de hoy, y le hagamos amar la patria como si ya hubiese existido, como si no estuviese aún entre los futuros contingentes, haciéndole decir con Quintana:

*¿No hay patria, Veremundo? ¿No la tiene
todo buen español dentro del pecho?*

En suma: para no involucrar las cuestiones, yo creo que por patriotismo o amor de la patria debe entenderse el amor de un ciudadano por la república, Estado o reino a que pertenece; amor que tal vez le lleva hasta sacrificarse. Así, pues, si Carlos V o Felipe V no pueden llamarse patriotas sin que se ría la gente de oírlo, bien pueden llamarse, y se llaman, patriotas los numantinos y los saguntinos que murieron por Numancia y Sagunto, patria de ellos, y los trescientos de las Termópilas que murieron por Esparta, y los decios, que por Roma se votaban a los dioses infernales y se lanzaban a morir en lo más recio de la pelea, y aquellos magnates cartagineses o aquellos emperadores aztecas que por Cartago o por Méjico se hacían sacrificar a los ídolos a fin de tenerlos propicios.

Para que haya patriotismo es menester que haya patria; que el que lo sienta forme parte de la ciudad, se reconozca individuo de la asociación política y la ame. El patriotismo es, pues, una virtud o un sentimiento de los libres, y no de los siervos o esclavos. Por eso, apenas hay patriotismo en los siglos medios entre la plebe. Un puñado de normandos conquista a Inglaterra; otro puñado de moros conquista a España. Un aventurero audaz y robusto basta a veces a poner en fuga, apalear o matar enjambres de villanos, fundando imperios o reinos y haciendo posibles los portentos de los libros de caballerías. En cambio, medio millón de franceses, impulsados por uno de los mayores genios militares de que habla la Historia, vinieron a España en este siglo y mordieron el polvo antes de poner el yugo a un pueblo capaz ya de ser patriota.

El patriotismo no sólo implica libertad, sino también, por muy extraño que parezca, cierta cultura. En lo antiguo, cuando la patria se limitaba por los muros de la ciudad, como en Atenas, Roma y Esparta, no necesitaba el ciudadano saber mucha geografía; pero en la Edad Moderna, mientras no se forman grandes nacionalidades y son del pueblo conocidas, ¿cómo ha de ser el pueblo patriota si ignora que es la patria? Todavía dudo yo mucho de que el montañés de Calabria se crea muy compatriota del gondolero veneciano y se considere ligado a él por los lazos de una misma nación y Estado, que llaman Italia. En tiempos de Felipe II, dudo igualmente de que un catalán o un gallego, como no fuese hidalgo o letrado, entendiese que España era patria común de todos y se juzgase conciudadano del andaluz o del extremeño. Los que hacían entonces las grandes proezas eran pocos; los demás vegetaban sin patriotismo y sin virtud política. Y los pocos que hacían las grandes proezas, bien puede disputarse si estaban muy seguros de que las hacían por amor de la patria o para servir al rey y a la religión, ganar honra y provecho, y medrar, garbear y buscar lances y aventuras. En la plebe apenas había patriotismo; apenas había, no diré amor, sino conciencia de la patria, a no entenderse por patria el lugar o comarca donde se ha nacido, y no todo el cuerpo de la república, unido sólo por el lazo personal del monarca, que era rey de Castilla, de León, de Córdoba, de Murcia y demás retahíla.

Otra prueba de que el patriotismo era, hasta hace poco, sentimiento aristocrático y no divulgado, es la facilidad y escaso miramiento con que se incorporaban o segregaban estados para dotes de princesas o heredades de príncipes sin que ninguna idea, de nacionalidad lo cohonestase, ni por medio del sufragio universal, aunque sea falsedad hipócrita, tratase nadie de justificarlo y legalizarlo. ¿Qué patriotismo singular y zamorano quiere, por ejemplo, el señor De Liniers que nazca en los de Zamora, no bien don Fernando I deja aquella ciudad como señorío a una de sus hijas? ¿Qué patriotismo habían de tener los de Nassau o los de Hesse-Cassel? Pues no digo nada de los de Hamburgo, que ha sido un Estado, que ha sido una patria hasta 1866.

Aunque una nación sea grande y tenga historia gloriosa, la ignorancia y la servidumbre hacen que el pueblo olvide dicha historia y pierda el patriotismo. Si alguien lo conserva es

la clase privilegiada, la aristocracia, compuesta de los únicos que merecen llamarse ciudadanos. Ejemplo maravilloso de esto fue el Imperio griego al caer en poder de los turcos. Más de doscientos cincuenta mil hombres mandaba el sultán. Nadie sostenía al último paleólogo sino cuatro mil guerreros selectos y fieles, de sus más allegados, y otros tantos mercenarios y extranjeros, que lo abandonaron al fin; pero entonces el emperador de Bizancio sintió que representaba a la vez la gloria y la grandeza de griegos y de romanos, y peleó y murió con los suyos, como los trescientos de las Termopilas y como los decios de Roma. Pocas catástrofes registra la Historia más trágicamente sublimes que la toma de Constantinopla y la caída del con tan harta frecuencia llamado Bajo Imperio; pero esto no se debió, por cierto, al patriotismo del vulgo.

El patriotismo divulgado es propio de nuestra edad, en que hay más ilustración, más libertad y más conciencia en el pueblo de la dignidad humana y del ser colectivo de la sociedad política. Si se habla, pues, tanto de patriotismo, es porque lo hay y no para encubrir que no lo hay. Casi estoy por afirmar, lamentándolo, que en España tenemos plétora de patriotismo. Demos de barato que los españoles son, por lo común, más amigos de echarse a la vida airada que trabajar en paz en sus casas, pero todavía se me concederá que por algo debe de haber entrado el deseo del engrandecimiento de la patria y de establecer en ella el gobierno que más le conviene o de libertarla de la tiranía, en la gloriosa guerra de la Independencia; en las dos guerras civiles, que han durado once años, y en las guerras de Méjico, de Marruecos, de Santo Domingo y del Pacífico, en que nos hemos arruinado y en que tal vez ha muerto de muerte violenta medio millón de españoles. ¿Cree, además, el señor De Liniers que no sólo los que han muerto peleando, sino los que murieron en el patíbulo o fusilados por causas políticas, eran todos unos tunos y dieron o expusieron la vida por garbear o medrar? Sólo bajo el poder de Fernando VII el *Deseado* fueron a la horca o murieron retorcido el pescuezo por el garrote o fusilados por razones políticas unos seis mil de nuestros conciudadanos. Si añadimos los deportados, los expatriados, los enviados a presidio, los muertos de miseria y los suicidados de rabia y desesperación en los calabozos, la cifra sube a muchos miles. ¿Cómo suponer que tanta víctima se aventuró y expuso con el único intento de ver si lograba formar parte del *grupo exiguo*? Convénzase el señor De Liniers: mucho de patriotismo, extraviado si se quiere, debe de haber habido en todo esto.

Después de caer sobre el patriotismo, cae el azote satírico del señor De Liniers sobre la *opinión pública*, que no es, según él, la opinión de *todo el mundo*, sino la opinión del *grupo exiguo*; esto es, lo que conviene a unos cuantos tunantes. Contra esta burla hay los mismos argumentos ya expuestos. Si no hay otra opinión que la de unos cuantos pícaros periodistas, ¿por qué los hombres de bien no fundan también periódicos y llevan la opinión pública por mejores caminos? ¿Los pícaros periodistas podrían, además, sostener sus periódicos sin suscriptores? Luego no son los periodistas, sino los suscriptores también los que concurren a crear la opinión pública. De donde se deduce que en España, y en el día, la opinión pública la forman, como en cualquier otro país y en cualquier otra época, los que más valen y saben, los que opinan algo.

Por desgracia, esta opinión pública no suele mostrarse como debiera, ni en las urnas electorales ni por otros medios que hay dentro de la legalidad. De esto tiene la culpa el *grupo exiguo*. Los españoles nos hallamos tan mal de todo, que no hay Gobierno de que no murmuramos, después de votarle los diputados que pide.

La murmuración y el clamoreo inerte van subiendo de punto mientras más dura un Gobierno, o dígase *situación*. Todos acuden a los militares, única fuerza organizada y

activa, para que liberten a la patria de aquella plaga, para que la saquen del cautiverio. Ora los lisonjean, ora los insultan, diciéndoles que merecen enaguas en vez de uniforme, y rueca en vez de espada, porque no se pronuncian, y ora las damas más elegantes y bonitas los enternecen, conmueven y entusiasman, para que nos salven de la anarquía, de la irreligión y de otra multitud de calamidades. Yo, digo la verdad, hallo pavorosa y vitanda toda revolución violenta, y detesto, sobre todo, un motín de soldados; pero si no disculpo, explico y atenúo bastante la falta de los generales que con tanta frecuencia suelen pronunciarse en España. No el *grupo exiguo*, sino media nación o más, los empujan siempre a que *la armen*, salvo el decir a poco que son jenízaros o pretorianos. Sin duda que la ambición y el deseo de hacer gran papel pueden inducir a los generales a que se pronuncien; pero ¿cómo negar, en vista de tantas excitaciones, que no pocos de estos adalides lleguen a creer de buena fe que Dios suscita en ellos redentores y salvadores, como aquellos jueces de Israel que suscitaba Dios para salvar a su pueblo del yugo de los amorreos o de los filisteos?

Cuanto dice el señor Liniers contra los motines o pronunciamientos militares es chistoso, y lo sería más si el asunto no fuese tan grave; pero el chiste y la sátira están fundados en algo sofístico y propenden a probar una cosa evidentemente falsa: que un *grupo exiguo* se pronuncia o despronuncia de continuo, perturbándolo todo. No es así. Cómplices e instigadores de todo pronunciamiento son siempre gran multitud de paisanos. Todavía no ha triunfado un solo motín militar que no haya tenido a su lado, empujándolo, a un partido político, a mucha parte de la nación, a lo que, en realidad, y no en sentido irónico, puede llamarse opinión pública en cualquier país.

Otro capítulo consagra el señor De Liniers a los *hombres serios*. El resultado final de todos sus estudios sobre este punto es que para ser *hombre serio* en España se requiere una *dosis infinitesimal de vergüenza y amor propio y orgullo a discreción*. Esto, para hacer gracia, confesamos que excede ya los límites de lo cómico. Y si esto es la ruda enunciación de una verdad, tendremos que repetir con otras palabras lo mismo que ya hemos expuesto. Si en España, para pasar por *hombre serio*, basta con ser presumido, soberbio y desvergonzado, esto es, un detestable pillo, ¿qué serán en España los hombres jocosos o burlescos? Serán unos idiotas, y todo el conjunto de la nación no podrá menos de ser una estúpida canalla. Sin embargo, el señor De Liniers no se contenta con pintarnos en caricatura tan cruel al *hombre serio*. Va más allá. Nos describe también los *grandes caracteres*, que salen no más lisonjeados.

Su libro consta de tres partes. Como es didacticoirónico, enseña al hombre lo que debe saber para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia. De la sátira política a que da lugar este método ya hemos dicho lo más esencial. La sátira contra las costumbres no es menos agria y dura.

De este modo hiperbólico y violento de escribir se originan varios males.

Mal para el autor, el cual, siendo un mozo de talento, agudo, buen observador y gracioso, hace un libro menos divertido y ameno de lo que hubiera podido ser pues, al cabo, lo cómico está en las debilidades y miserias que no traspasan ciertos límites y que no llegan a una perversidad consumada, lo cual no hace reír ni divierte a nadie.

Males para la sociedad: que este afán de pintar sus vicios, atribuyéndolos todos a un *grupo exiguo*, no corrige ni mejora a nadie, antes empeora y pervierte estimulando el odio, la envidia y otras malas pasiones contra los pocos que, si no han sido más capaces, han sido, por lo menos, más felices; y que, al leer libro semejante, alguien que no acepte el sofisma de que todos son buenos, menos un puñado de hombres que tienen embaucados y

supeditados a los demás, formará de la pobre España, que está muy mal, sin duda, el concepto más bajo y humillante que puede imaginarse.

Jamás he leído nada con mayor disgusto y enojo que una colección de artículos que publicó contra España la *Gaceta de Augsburgo*, estando yo en Alemania. De ellos resultaba que nuestros generales eran unos ambiciosos, ignorantes y sin conciencia; nuestros oradores, unos charlatanes que deslíen un átomo de idea en un piélago turbio y revuelto de palabras huecas y resonantes; nuestros hombres de Estado, unos presumidos que no quieren más que medrar y mantenerse en el Poder o tomarlo por cualquier medio, bueno o malo, etcétera, etc. En resolución: los artículos de la *Gaceta de Augsburgo* eran como compendio profético del libro del señor De Liniers. Mi enojo, no obstante, tuvo que disiparse cuando noté que el cachazudo alemán autor del artículo nada decía sin autoridad y texto.

Había tomado todas las invectivas de los periódicos de cada partido contra los prohombres de los partidos contrarios, y así había hecho su obra, tiznando lastimosamente a *todo el mundo* verdadero; porque, desengañese el señor De Liniers, es mucha sutileza metafísica para creída por nadie eso de que haya un *grupo exiguo* de galopines que, a ciencia y paciencia de *todo el mundo*, se atribuya la influencia, el valer y el poder que a *todo el mundo* pertenece.

El libro del señor De Liniers puede producir muchos efectos contrarios a los que el señor De Liniers se propone. Pondré aquí algunos.

La empleomanía es un mal gravísimo, nacido de nuestra pobreza, de la abundancia de clase media, sin oficio ni beneficio, y hasta de los enormes tributos que agobian a la nación. Pues muchos de los contribuyentes que dan al Estado la mitad o más de la mitad del producto líquido de su capital y trabajo, nada hallan más natural que desear que algo de eso que dan vuelva, cuando no a ellos, a sus hijos, sobrinos o ahijados bajo la forma de sueldo o de otros provechos oficiales. Contra el deseo de sueldo milita aún el pudor de desempeñar mal un puesto por falta de capacidad o de estudios, y contra el deseo de provechos, el temor de ser castigado o infamado al menos; pero si se afirma y se repite que los que desempeñan los puestos son ignorantes y tontos, y que tienen vergüenza infinitesimal, y que a mansalva se puede hacer lo que se quiera, el pudor y el temor de que liemos hablado acabarán por extinguirse. No habrá nadie que no se juzgue capaz y digno de ser empleado. El reloj de la oficina ganará el sueldo por él. La administración bien montada es una maquina que casi anda sola.

Por último, el libro del señor De Liniers, o lo que hay en él de más sustancial, puede llegar a las clases ínfimas, a lo que llaman cuarto estado. ¿Qué sentimiento moralizador producirá en los individuos de ese cuarto estado el creer que hay un *grupo exiguo* de tunantes que explota el país, le chupa el jugo y vive rico y colmado de honores a expensas de todos? Lo primero que hará el vulgo será ensanchar el *grupo exiguo* por un procedimiento dialéctico bastante justificado. «Toda esta gente nueva -dirá-, que se ha elevado por la política reciente, y va en coche, y se llama Peñón-Tajado y Casa-Francisco o Casa-Diego, ¿por qué ha de ser distinta de lo que fueron en su origen los señores antiguos?» «La única diferencia -añadirá- consiste en que éstos han hecho para sí lo que para los otros hicieron los padres, abuelos o tatarabuelos.» Regla general, pues: toda riqueza, toda distinción, heredada o conquistada, ha sido mal adquirida y con poco trabajo. Dada la regla general, la consecuencia es evidente: la cocinera te sisará con menos escrúpulo de conciencia; el administrador de tus bienes, que sabe el diablo cómo los adquiriste o los adquirió mi padre, tratará de dejarte pobre y de enriquecerse él; tu cochero, en vista de que tu coche y tus caballos son, como afirma el señor De Liniers, un *milagro de*

química administrativa que se obra en el secreto de la vida privada, tratará también de ser milagrero y te matará los caballos de hambre; el jornalero que lleves a cavar a tu hacienda calculará que tú, en la secretaría, te ganas o te ganaste el dinero charlando y fumando y mano sobre mano, y querrá imitarte y ganar del mismo modo su jornal, y algunos, más alentados y briosos, soltarán el azadón y tomarán el trabuco y se echarán al camino, diciendo el antiguo refrán de *Quien roba al ladrón tiene cien años de perdón*.

Para mí es de toda evidencia que este modo de explicar el malestar social y político que nos aqueja, atribuyéndolo a la perversión moral de los que más se distinguen, tiene las contras ya referidas: obliga y mueve al entendimiento discursivo a creer que esa perversión moral se extiende sobre todo el cuerpo de la república, como lepra asquerosa, y contribuye, en realidad, a que dicha lepra se extienda, en vez de curarla.

Creo, por último, que el malestar puede y debe explicarse de otra suerte: tiene causas más hondas. Hasta la misma perversión moral, si la hubiese y fuese tan horrible como de la lectura del libro del señor De Liniers puede conjeturarse, sería un síntoma de la enfermedad, y no la enfermedad misma, y menos sus causas.

Las causas están patentes y bastan a explicarlo todo. Nuestro atraso en la cultura material es hartamente grande aún para que no podamos vivir sino a duras penas, como las demás naciones cultas de Europa, y, sin embargo, sentimos la necesidad de vivir como ellas.

Y el contacto de la moderna civilización ha injertado en la nuestra, castiza y propia, pero atrasada y enteca en su desarrollo, tal fermento de doctrinas nuevas, de utopías audaces y de ciencias de última moda, que no es de maravillar la agitación y desasosiego de todo el ser de esta nación desaventurada. El pensamiento antiguo, casi ciego y olvidado de sí mismo, lucha por un lado; la idea nueva por otro. ¡Cuánto no tienen que afanar y sudar, acaso en balde, los que procuran la paz, la transacción y el equilibrio!

Añádanse a esto algunas faltas nacidas de nuestra condición natural de españoles y algunos extravíos que surgen fatalmente de las entrañas de nuestra historia y se explicará todo.

No bien sentimos alivio en nuestra miseria, no bien tenemos algunos apuros menos, ya queremos meternos en todo: carecemos de paciencia para aguardar mejor época; nos acordamos de Otumba, Lepanto y Pavía, y nos lanzamos en empresas locas.

Dentro tampoco atinamos a vivir tranquilos. Con terquedad heroica y ruidosa sostenemos por las armas nuestras ideas, y las guerras civiles duran años.

Nuestras invectivas son feroces y provocan a odio y rebelión; pero nuestras alabanzas son tan pomposas, estupendas y exageradas, que, por espíritu de contradicción, provocan a la invectiva.

Lo confieso con franqueza: yo gusté más que nadie de la evolución de 1868; pero cuando oía decir que Europa nos contemplaba pasmada y en éxtasis, que nuestra elocuencia y nuestra sabiduría tenían asombrado al mundo, y que no había más que desear que aquello, me daban ganas de hacerme reaccionario; así como ahora, cuando oigo decir a algún ministro o a algún ministerial que debemos eterna gratitud a este Gobierno porque nos ha traído el orden y la paz y otros mil bienes y gustos, y pienso en que no se pagan los treses y en que pagamos la mitad o más de lo que producen nuestros áridos terrenos, y en que todo está tan mal como siempre, cuando no peor, no sé lo que me daría gana de ser si no fuera porque acudo al razonamiento, calmante y más que sabido, de la viejezuela de Siracusa. Sea como sea, no infiero nunca lo que infiere el señor De Liniers, a pesar de su claro ingenio, del cual, por otra parte, da mil pruebas en su bien escrito y entretenido libro. Lo que yo infiero es que somos más infelices y disparatados que perversos. La esperanza, con

todo, es lo último que se pierde. A veces imagino que nuestros males, aunque profundos, no son difíciles de curar. Tal vez se curen con diez o doce años de paz interior y exterior, sin pronunciamientos ni guerras civiles y con un Gobierno menos que mediano. Pero ¿será posible esa paz? ¿Será posible y viable ese Gobierno menos que mediano?

Lo que sin duda alguna repito es que no se remedian los males de la patria infamando en masa a cuantos, por suerte o por mayor capacidad, toca dirigir sus negocios. Los malos repúblicos no se corrigen con sátiras como las del señor De Liniers; antes se ríen y aun se aprovechan de todo. Nadie es tan aficionado a contar escándalos y a hablar de los *chanchullos* de los otros como aquellos que tienen fama de haber *chanchulleado*. Lo que ansían es que se afirme la creencia de que todos hacen lo mismo. El señor De Liniers trabaja, pues, sin querer, en favor de ellos. Los personajes políticos del género que describe el señor De Liniers se parecen en este punto a las mujeres galantes, las cuales no gustan sino de tizar a las demás mujeres y hacerlas pasar por unas perdidas.

Recuerdo que cuando se divulgó, hace años, cierto soneto de un amigo mío, titulado *Los belenes*, precisamente entre las mujeres galantes fue donde el soneto alcanzó más favor y aplauso. Todas pedían con ansia el soneto, y lo leían con fruición. Había en el soneto diez o doce nombres propios citados; pero esto nada importaba. Cuando el nombre de alguna de las que pedían el soneto figuraba en él, se borraba y se ponía en lugar suyo el nombre de otra, a fin de que ella lo leyese sin darse por aludida.

Ni a este recurso hay que apelar con el libro del señor De Liniers, que no cita nombre alguno. Nadie se tomará la molestia de darse por aludido, y los ambiciosos, necios y tunantes hallarán consolación y deleite con la lectura de un libro que trata de probar que cuanto aquí sobresale, se distingue y adquiere poder e influencia, es de la misma condición desaforada e indigna.

No es posible que la *caquistocracia* se entronice y dure cuarenta años en una nación libre, a no suponer lo contrario de lo que supone el señor De Liniers: que el *grupo exiguo* consta, de santos y discretos, arrinconados y oprimidos por una inmensa mayoría de malvados y de tontos.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo